

ESCENA XII

DICHOS, EL CAPITÁN y D.^a INÉS

(Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cesando contra la pared; y en el punto en que va á sucumbir al número, se abre á sus espaldas una puerta, en la cual aparece el Capitán, que muestra á D.^a Inés desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.)

CAPITÁN

¡Atrás, canalla!

(Á Pascual.)

¡Da un solo paso más, y la asesino!

PASCUAL

¡Teneos, Capitán!

(Á los suyos.)

¡Atrás vosotros!

CAPITÁN

(Á D. Pedro.)

Una barca, señor, puesta se halla en la torre del Oro; este camino, seguro allá desde el palacio os lleva. Huid.

DON PEDRO

Traidores, volveré algún día, y ¡ay del que entonces á parecer se atreva!

CAPITÁN

(Á D. Pedro.)

Huid. Ahora, Juan Pascual, escucha. Cabeza por cabeza, ésta es la mía;

(Señalando á D.^a Inés.)

la contienda es ya igual, franca la lucha.

PASCUAL

¡Por piedad, Capitán, por cuanto caro en el mundo tenéis, el impío acero de su pecho apartad! Yo os doy amparo, riquezas, libertad.....

CAPITÁN

(Con firmeza.)

No: sólo quiero

que entiendas bien mi condición postrera: escúchamela bien, hiena taimada.

La suerte de don Pedro á tu hija espera,

y á su suerte desde hoy encadenada,

ella responderá de su destino, siendo, como él, dichosa ó desdichada.

Ahora sigue, si puedes, mi camino,

y mira de quién es esta jornada.

(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado.)

ACTO TERCERO

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de D. Enrique. Á la derecha, y en el fondo, una puertecilla que conduce al torreón, y otra á la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con raja, se verá un interior del torreón, donde estará el astrólogo Ben-Hugafín: un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendón del rey D. Pedro.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL REY D. PEDRO sobre un torreón mirando al campo de D. Enrique. DOÑA INÉS lo mismo por las almenas. EL CAPITÁN dando sus órdenes al ALCAIDE, que estará hablando con él. EL ASTRÓLOGO en su torre consultando á la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de D. Pedro.

CAPITÁN

Que esté ese paso secreto guardado por buena gente, y que entre él solo.

ALCAIDE

Corriente.

CAPITÁN

Ya conocéis el sujeto.

ALCAIDE

Ya le conozco.

CAPITÁN

En los nichos que hay en aquel subterráneo puede ser triunfo instantáneo con los hombres de armas dichos. En estando ese hombre dentro, que se lance vuestra gente allá abajo de repente, de los suyos al encuentro.

Todos prisioneros; y en tanto, por esa puerta que estén tres ó cuatro alerta cuando esté él conmigo aquí. ¿Lo oís? Que él entre no más.

ALCAIDE

Está bien.

(Vaso.)

CAPITÁN

(Á D.^a Inés.)

Y vos, señora, retiraos, que ya es hora.

INÉS

(Con tristeza.)

No imaginé yo jamás, Capitán, eso de vos.

CAPITÁN

¡Ah! Lloráis.... Por caridad, el llanto de mí ocultad; no me hagáis dudar de Dios.

INÉS

No le invoquéis, ¡fementido! que á enojo le provocáis cuando á sus plantas alzáis corazón tan corrompido. ¡Hombre vill! ¿Esto es amor? ¡Engañar á una mujer,

rehenes para tener
con su padre vencedor!
¿Esto es, Capitán, nobleza?
¡Decirle á un padre que elija,
mostrándole de su hija
con el puñal la cabeza!

CAPITÁN

Callad, señora, callad,
que ignoráis lo que me cuesta
con vuestro padre esa apuesta
de inaudita atrocidad.

INÉS

Decid mejor lo que os vale,
porque tenéis la esperanza
que mi peso la balanza
de vuestra fortuna iguale.
Porque, ¿cómo ha de dejar
un padre á su hija morir
tan sólo por conseguir
á un enemigo vulgar?
Le diréis: Vida por vida,
salvadme á mí y os la entrego;
que al fin es cosa de juego
una mujer seducida.

CAPITÁN

Retiraos, doña Inés,
ó de mi fe no respondo.

INÉS

A tu pesar, en el fondo
mi razón de tu alma ves.

CAPITÁN

Os engañáis, os lo juro:
vos veis el remordimiento
donde hay otro sentimiento
más noble, si más obscuro.
Vos no podéis comprender
que un hombre que á su Rey ama,
le sacrifique su fama,
su amor, su razón, su ser.
Ni vos lo comprenderíais,
ni yo os lo osara explicar,
pues á poderlo alcanzar,
yo sé que os asombraríais.
Sí; yo estoy viendo una estrella
de quien salvación espero,

y para apagarla infiero
que voy corriendo tras ella.

INÉS

(Con emoción.)

¡Ah! Rendíos, Capitán.
Cuando veo el sentimiento
con que expresa vuestro acento
ese incomprensible afán,
aun que me amáis imagino
y que me decís lo cierto,
aunque la influencia advierto
de algún insondable sinc.

CAPITÁN

Sino fatal que me impele
á abreviar mi propia vida,
desgarrándome una herida
al punto en que más me duele.

INÉS

¡Ah, me amáis! Dejaos vencer.

CAPITÁN

Sí; os adoro. ¿A qué mentir?

INÉS

Pues bien, dejadme salir.

CAPITÁN

Señora, no puede ser.

INÉS

¿Es decir, mal caballero,
que debo estar desde aquí
en que seréis para mí
mi opresor, mi carcelero?

CAPITÁN

(Desesperado.)

¡Oh, por Dios!

INÉS

Atado al yugo
que vuestro dueño os impone,
vendréis, si el Rey lo dispone,
á parar en mi verdugo.
Bien: seré mártir; mas vos,
que así me sacrificáis,
mi airada sombra arrojáis
entre vuestro paso y Dios.

Sí, Capitán; yo os perdono
mi bárbaro sacrificio,
pero os aguardo en su juicio
y os emplazo ante su trono.

ESCENA II

DON PEDRO y EL CAPITÁN

CAPITÁN

Emplaza, emplázame, sí;
breve ha de ser este plazo,
pues tu muerte, de rechazo,
me dará la muerte á mí.
¡Oh, si asomarte pudieras
á mirar mi corazón,
moviérate á compasión
al ver cuál me lo laceras!
Mas ¡ay! ¡Con cuánta verdad
me culpas mi villanía!

(Pausa.)

Y atrás no me volvería
por toda una eternidad.

DON PEDRO

(Que se ha vuelto á oír la última parte de la escena anterior, y baja del torreón.)

Blas....

CAPITÁN

Señor....

DON PEDRO

Esa mujer
te cuesta mucho, lo veo;
libertártela deseo;
siento verte padecer.

CAPITÁN

Señor, con esa quimera
no andéis desasosegado;
ya me la habéis entregado
y haré de ella lo que quiera.

DON PEDRO

En vano ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.

CAPITÁN

La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,

(Con resignación.)

aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya.

DON PEDRO

Pérez, mi mente se pierde
conciendo tal maldad;
y, á decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.

CAPITÁN

También á mí, mas la acallo
con razón más poderosa.

DON PEDRO

Y ¿con cuál?

CAPITÁN

Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

DON PEDRO

¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
con tan triste sacrificio?

CAPITÁN

Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y más, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
De vuestro reino, ¿qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

DON PEDRO

(Con orgullo.)

Yo siempre moriré honrado;
que atestiguar harlo puedo
que, hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.

Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y plata
con que volver á Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido,
es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
á cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los á quien yo satisfacé.
Mil veces les perdoné,
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
¿Para esto había razón?
¿Qué derecho se la abona?
¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?
No. Encerrado como estoy,
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga,
el Rey de Castilla soy.

CAPITÁN

Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

DON PEDRO
(Dándole la mano.)

Y en lo futuro, quien cuente
tu lealtad, no faltará.

CAPITÁN

Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nació yo,
y Su Alteza me nombró
capitán y caballero.
Quiero pagaros, leal,
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
de la vuestra por igual.

DON PEDRO

No, ¡por mi vida! eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAPITÁN

Sin vos, ¿para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré á ser zapatero.

DON PEDRO

Mas oye: en esa escalera
siento pasos.

CAPITÁN

Es, sin duda,
Men Rodríguez; quiera ayuda
darnos Dios.

DON PEDRO

¡Ojalá quiera!

ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITÁN y MEN RODRÍGUEZ
DE SANABRIA

CAPITÁN

Men Rodríguez, ¿qué noticias?

DON PEDRO

¿Habéis visto á ese francés?

RODRÍGUEZ

Sí, señor.

DON PEDRO

¿Admite, pues?

RODRÍGUEZ

No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
á proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

DON PEDRO

¡Por Cristo!

El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí,
al cabo se lo agradezco.

RODRÍGUEZ

Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué:
quién erais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Dijome que allí venía
á sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle, no podía.
Yo entonces, por grande hazaña
el salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.

DON PEDRO

Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede,
entera la he de perder.
Mas, al fin, ¿qué dijo?

RODRÍGUEZ

Al fin,
tras de andar algo rehacio,
pidióme un pequeño espacio.

DON PEDRO

¡Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara,
que sí ó que no contestara.

RODRÍGUEZ

Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará, en señal, que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se ve desde esa torre.
Vedla, señor.

DON PEDRO

¿Es aquella
que está junto á la corriente?

RODRÍGUEZ

Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.

DON PEDRO

Bueno.

RODRÍGUEZ

Si le veis brillar,
podéis sin riesgo salir
y á su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá á esperar.

DON PEDRO

Men Rodríguez, por si acaso
la luz á brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.

(Sube Men Rodríguez al torreón.)

Retírate, Blas, también,
que quiero oír el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

CAPITÁN

Está bien.

(Vase.)

ESCENA IV

DON PEDRO y EL ASTRÓLOGO. MEN RODRÍGUEZ
en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la
escena.

DON PEDRO

¿Habéis concluido ya?

ASTRÓLOGO

Vuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.

DON PEDRO

Y ¿qué respuesta nos da?

ASTRÓLOGO

Confusa es la explicación;
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.
Ved: en ese pergamino,
de los astros está escrita
la razón. Se necesita

que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.

DON PEDRO

(Lee.)

Por alrededor de Castro,
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podéis darme más clara
explicación?

ASTRÓLOGO

Si podría;
pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.

DON PEDRO

¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino á las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no á bulto.

ASTRÓLOGO

Su respuesta es ésa; y de ella
el sentido á escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.

DON PEDRO

(Con amargura.)

Eso ya yo me lo sé
desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí,
nunca me esperaba, á fe.

(Señalando al pergamino que tiene en la mano.)

Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

ASTRÓLOGO

Hay aún
consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

DON PEDRO

¿Con quién creéis que tratáis,
para dudar del valor?

ASTRÓLOGO

Yo os lo propongo, señor,
vos haréis lo que queráis.

DON PEDRO

¿Sabré.....

ASTRÓLOGO

Toda la futura
suerte á que el destino os lleva.

DON PEDRO

¿Cierta?

ASTRÓLOGO

Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

DON PEDRO

Hacedla, pues.

ASTRÓLOGO

Necesito
prepararos de antemano.

DON PEDRO

¿Hay en ella algo profano?

ASTRÓLOGO

Sólo hay riesgo.

DON PEDRO

Pues lo admito.

ASTRÓLOGO

Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.

DON PEDRO

Y ¿lograré.....

ASTRÓLOGO

Que á vuestros ojos palpable
aparezca el porvenir.
Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.

DON PEDRO

Vamos allá: quiero ver
mi destino, ¡vive Dios!
que el más tenaz de los dos

no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo:
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V

DOÑA INÉS, saliendo del torreón de la derecha abajo.

DOÑA INÉS

¡Válgame Dios!

¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
á mis negras reflexiones
parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo,
con su estrechez me sofoca.

(Se pasea cavilosa.)

Mas ¡Dios mío, yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
lo jura con tal pasión,
que obliga á mi corazón
á creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detrás
llorando..... ¡Oh, llora quizás
de mi infortunio dolido!
Mas si me ama....., si le pesa
de mi mal, ¿por qué me guarda?
¿Por qué así en librarme tarda,
cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traición si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellón
velas, calma mi aflicción,
consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI

DOÑA INÉS. EL ALCAIDE, conduciendo á JUAN PASCUAL, y entrando por el torreón de la derecha arriba.

ALCAIDE

Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.

PASCUAL

Yo fío
mi empresa en mi propio brío
y en lo que á él le está mejor.

ALCAIDE

Él os esperaba.

PASCUAL

Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,
y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.

ALCAIDE

Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el Rey me paga mi oficio.

PASCUAL

¡Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis,
mas suplicoos que llaméis
á ese Capitán, y pronto,
que no hay tiempo que perder....
Mas ¿qué veo?

INÉS

¡Padre mío!

PASCUAL

¡Inés!

INÉS

¿Es un desvarío
que os vuelvo, por fin, á ver?
¡Cuánto tiempo os he esperado!

PASCUAL
Y ya ves cómo he venido
en cuanto posible ha sido.

INÉS
¡Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL
Esos tigres te habrán hecho
mil injurias á porfía.

INÉS
Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera,
según su porte cortés,
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.
Ese Capitán, señor,
de mi custodia encargado....

PASCUAL
Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve á tenerte amor.

INÉS
Eso dice, y muchas veces
yo misma á creerlo llego....

PASCUAL
Pero, ¡y tú, Inés!

INÉS
No lo niego.

PASCUAL
¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INÉS
Me aterráis. Aunque eso fuera,
señor, ¿morir mereciera?

PASCUAL
Morir por mi propia mano.

INÉS
¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí,

para amedrentarme así
en vez de darme favor?

PASCUAL
¡Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces....

INÉS
Mas que me dicen á voces
cuánta mi desdicha es.

PASCUAL
Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
que, á fuerza ó engaño abierta,
pueda amparar nuestra fuga?

INÉS
No, señor.

PASCUAL
Traigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexto....

INÉS
(Con afán.)
Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

PASCUAL
Inés, en eso medito.
Ese Capitán maldito....

INÉS
Fuerza será que nos vea.

PASCUAL
Mas siento pasos.

INÉS
¡Él es!

PASCUAL
Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII
DICHOS Y EL CAPITÁN

CAPITÁN
Buenas noches.

PASCUAL
Quiero hablarle
á solas. Aparta, Inés.

CAPITÁN
¿Qué me queréis, Juan Pascual?

PASCUAL
Vengo un pacto á proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.

CAPITÁN
¿Por cuál?

PASCUAL
Por la de que abre el camino
solo que os puede salvar.

CAPITÁN
Cosa es que hemos de tratar
mejor solos, imagino.

PASCUAL
Sí; decís bien.

CAPITÁN
(Á D.^a Inés.)
Perdonad
que os retiréis os suplique,
para que á solas me explique
vuestro padre....

INÉS
Por piedad,
Capitán, oid con calma
lo que tiene que deciros.

CAPITÁN
El negarme yo á serviros,
Inés, me destroza el alma.

Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.

INÉS
¡Ay de mí!
(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos
de la torre.)

PASCUAL
(Con afán.)
¿Vais á cerrar?

CAPITÁN
Sí, por cierto.

PASCUAL
¿Y á mis ojos?

CAPITÁN
¡Qué queréis! Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII
EL CAPITÁN Y JUAN PASCUAL

CAPITÁN
Ea, pues, ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

PASCUAL
Con que admitáis vos la mía
basta, á mi ver.

CAPITÁN
No importa.
No estará la mía, acaso,
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL
Pues bien, Capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome á perder,
si me descubren, la honra

con la vida, á demandaros lo que vuestra mano sola puede volverme, la hija que mi corazón adora. Ya veis cómo las desdichas sobre don Pedro se agolpan; ya veis cómo de los suyos ciento á ciento le abandonan. No tenéis agua ni víveres; y esta situación penosa, cuanto más os desalienta, Capitán, y os acongoja, más á don Enrique augura cercana y fácil victoria. Pues bien: si me dais mi hija, os juro que en pocas horas saldréis del castillo libre, sin condición deshonrosa, y os daré á más el rescate que vuestro capricho imponga.

CAPITÁN

¿Habéis acabado?

PASCUAL

Sí.

CAPITÁN

Pues oid, que á mí me toca: Si el rey don Pedro conmigo igual libertad no logra, y su perdón don Enrique ante sus plantas no postra como rebelde, vuestra hija quedará donde está ahora.

PASCUAL

¡Os comprendo, miserable! Ese amor que os emponzoña el corazón, es quien dicta propuesta tan injuriosa.

CAPITÁN

Sí, Juan Pascual. Yo la adoro, y esta pasión me devora, me martiriza y me acaba, mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL

Capitán, esa pasión, que fácilmente se ahoga

hoy, que aun es tiempo, os advierto que os lleva á una muerte próxima.

CAPITÁN

Señor Juan Pascual, lo siento; mas tiene raíces hondas, y es imposible arrancarlas. Si el medio no os acomoda, es el único que resta; y en cuanto á mi última hora, que juzgáis cerca, mirad que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL

Acabemos, Capitán, y en ideas ilusorias no os gocéis adormecido: yo tengo ocasión muy pronta para entrar en esta torre mucha gente valerosa, que llevará á sangre y fuego cuanto á su marcha se oponga. Por sólo librar á Inés he retardado hasta ahora la ejecución de mi plan; mas os juro que es muy corta la tregua que paedo daros.

CAPITÁN

Vos sois quien, en ilusorias ideas adormecido, descuida lo que le importa. Ya sé que en el subterráneo, para esa traza traidora, metido habéis vuestra gente; mas es esperanza loca la que sobre ella fundéis, pues mi atención previsora apostó gente más diestra, que en las revueltas tortuosas del subterráneo, á mi voz, la hará prisionera toda.

PASCUAL

¿Intentáis amedrentarme con bravatas?

CAPITÁN

¡Oh! No es cosa para pasarse en la cuenta;

y escuchad bien, que la aurora no está lejos, y es preciso que abreviemos. Una bolsa de malla, que asida al cuello lleváis, donde hay una hoja de pergamino, que explica lo que fácil proporciona del príncipe don Enrique una venganza muy cómoda....

PASCUAL

¡Cielos! ¿Quién pudo deciros....

CAPITÁN

Yo lo oí de vuestra boca una noche en vuestra casa escondido en vuestra alcoba. Conque ya veis que me guío por vuestras lecciones propias, y que no se me ha olvidado que á quien vengarse ambiciona, ni precauciones le bastan, ni se contenta con pocas.

PASCUAL

¡Vive Dios, villano astuto! ¿Quién á mi paso te arroja, que en todas partes te encuentro y me detienes en todas?

CAPITÁN

Concluyamos, Juan Pascual: ó le escribís sin demora á don Enrique una carta ofreciendo la persona de vuestra hija y la vuestra....

PASCUAL

No, no; primero se rompa en mil pedazos el alma....

CAPITÁN

Pues que tú lo quieres.... ¡Hola! ¡A mí, soldados!

(Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)

PASCUAL

¡Villanos!

TOMO III

CAPITÁN

Ponedle en la torre próxima, con una amarra en los brazos y una mordaza en la boca.

(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice á Juan Pascual á modo de despedida:)

Lo que mejor os conviene pensad, Juan Pascual, á solas, porque no tenéis más término que hasta el rayar de la aurora.

(Al soldado que queda dentro.)

No me le pierdas de vista.

(Á los otros.)

Vamos á su gente ahora.

(Vase el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. D. Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso. Quiero apurarlo, y de la edad futura embriagarme en el néctar delicioso, ó el cáliz agotar de su amargura. Por su oculto poder arderá sola esta lámpara, dice.... ¡Harto la temo! Llena está de mi sangre hasta la gola, y yo en mi sangre sin arder me quemo. ¡Si atendiera al pavor, la vertería [luchó por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y

(La toca.)

con mi superstición!.... Aun está fría.... ¡Si será un impostor!.... ¡Oh, tarda mucho! Perdóname tan torpe ceremonia, ¡oh cielo, para mí siempre enemigo! No mires que al altar de Babilonia me acerco impuro, sin contar contigo. En tu bóveda azul, limpia y serena, jamás pude leer de mi fortuna ni una letra feliz; ni amiga y buena brilló para don Pedro estrella alguna. Siempre, sí, su escritura fué siniestra: siempre se abrió su libro tenebroso por párrafo fatal, dándome muestra de un porvenir aciago y borrascoso. Perdona, sí, perdona si te irrito

otro poder diabólico invocando,
 porque un calmante pronto necesito,
 y por doquier que voy lo voy buscando.
 Si es mi sino fatal, iré sereno
 á sepultarme en su tremendo abismo.
 Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
 para luchar con él con heroísmo.

(Pausa.)

Ya hierve este licor emponzoñado:
 ya de la mecha en derredor se apila:
 ya trepa por sus hilos inflamado.....
 ¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
 (Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y
 siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)
 ¡Acúdeme, valor!..... Brotó la llama.....
 Ven mis pupilas á su luz apenas
 los objetos..... ¿Qué es esto?..... ¿Quién
 [derrama

el fuego de un volcán dentro mis venas?
 Próximas á saltármese las siento.....
 Me acosa el corazón abrasadora
 de venganza la sed....., y el pensamiento
 me desgarrá una idea asoladora.

(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes.
 La sombra de D. Enrique, materializando su idea recón-
 dita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco
 hasta quedarse enfrente de él.)

¡Enrique! Siempre Enrique..... Siempre
 [ese hombre.

Di, ¿qué quieres de mí, bastardo infame?
 ¿Está escrito mi horóscopo en tu nom-
 [bre?

¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
 Ese puñal que abarcas con tu mano,
 ¿lo guardas para mí?..... ¡Cuán torvo brilla!
 ¡Guárdale, por piedad, guárdale, hermano!
 Mas no; mentí, bastardo de Castilla.

No le escondas: levántale; te aguardo.
 Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
 y exprimiré en mis brazos, ¡vil bastardo!
 de tu ruin corazón todo el veneno.

¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
 y aunque infame y traidor venzas al cabo,
 no creas, no, que tu valor me humilla.

Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
 ¿No lo oyes?..... ¡De rodillas, miserable!
 ¿Te niegas?..... Tu sardónica sonrisa

(Sonríe.)

me mueve á compasión..... y me precisa
 á volverte esa risa abominable.
 Mirame sonreír....., mirame y huye,

porque á la luz de mis ardientes ojos
 tu ser se pulveriza y se destruye.....
 Ni rastro he de dejar de tus despojos.
 Mas ¡ahí estás aún!..... ¿Qué esperas, som-
 [bra,
 sonriéndome siempre?..... ¿Qué me quie-
 [res?

Tu sonrisa me irrita, no me asombra.

(Sonrisa convulsiva.)

Yo me río también de..... que me esperes.
 Espera, sí, vasallo, espera, espera;
 mas no, no; huye de mí, desaparece.
 Tu sonrisa infernal me desespera;
 tu mirada voraz me desvanece.
 Huye: me das horror.....; huye al abismo.
 No temo tu presencia; me fascina.
 Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;
 pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.

(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva
 hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra,
 y cae sin sentido.)

E S C E N A X

DON PEDRO y EL CAPITÁN. MEN RODRÍGUEZ
 en el torreón.

CAPITÁN

Ya todos están rendidos.
 Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor
 (Le toca.)
 llegó hasta el Rey?..... No, respira.

DON PEDRO

(Volviendo en sí.)

¿Quién eres?

CAPITÁN

Señor, yo soy.

DON PEDRO

¿Se fué ya?

CAPITÁN

¿Quién?

DON PEDRO

Ese espectro;
 ese ensueño aterrador.

CAPITÁN

¿Quién, señor, que no os entiendo?

DON PEDRO

¡Ay de mí! Tampoco yo.
 De esa lámpara maldita
 me ha fascinado el fulgor,
 y si no se apaga pronto,
 me asesina esa visión.

(Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose
 á su pavor.)

Mas ese francés, ¿qué dice?

CAPITÁN

Nada responde.

RODRÍGUEZ

¡El farol!

DON PEDRO

Ea, Blas, ya luce al cabo
 la estrella de salvación.
 Salgamos de aquí cuanto antes.

CAPITÁN

Señor don Pedro, idos vos.

DON PEDRO

¿Qué! ¿Tú también me abandonas?

CAPITÁN

¡Yo abandonaros, señor!
 Me quedo para vengaros.

DON PEDRO

Capitán, tienes razón.
 Si me venden.....

CAPITÁN

Id tranquilo,
 que de eso me encargo yo.

DON PEDRO

Voy, pues, á apurar mi estrella
 sin fe, pero sin temor;
 que lo que en suerte me falta,
 me sobra de corazón.

(Vase.)

CAPITÁN

Ahora, ó trono para él,
 ó tumba para los dos.